

La ociosidad como virtud.

Afirmar que entre las virtudes no demasiado potenciadas se encuentra la ociosidad podría parecer perogrullada, de puro evidente, si no fuera porque la Humanidad, o al menos su parte más numerosa, parece haber olvidado que alguna vez se recreó en menesteres bien diferentes del producir y consumir sin tasa; con un apresuramiento que no se sabe a donde conduce.

El progresivo abandono del ocio como necesidad imperativa en la vida de todo hombre es patente a través de los últimos siglos. Desde la cultura clásica greco-latina, donde se desarrolló ampliamente el ocio como actividad primordial de las clases aristocráticas al tiempo que se desdeñaba el "nego-otium" de comerciantes y plebeyos, hasta los albores de la revolución industrial, no es posible encontrar un cambio radical de este concepto. Los siervos trabajarán para los señores que permanecerán ociosos, es de-

cir: se ocuparán del cultivo y desarrollo de las artes y las ciencias o a actividades guerreras, si bien, cabría matizar y distinguir entre unas artes y otras.

El ascenso de la burguesía, la clase negociante por excelencia, trastocará de forma brutal el espectro social. Miles y miles de artesanos serán arrojados a las filas del proletariado industrial como consecuencia de la falta de competitividad de sus productos. La idea misma del ocio es impensable; se trabaja durante catorce o dieciséis horas sin distinción de sexo ni edad, se trata de sobrevivir.

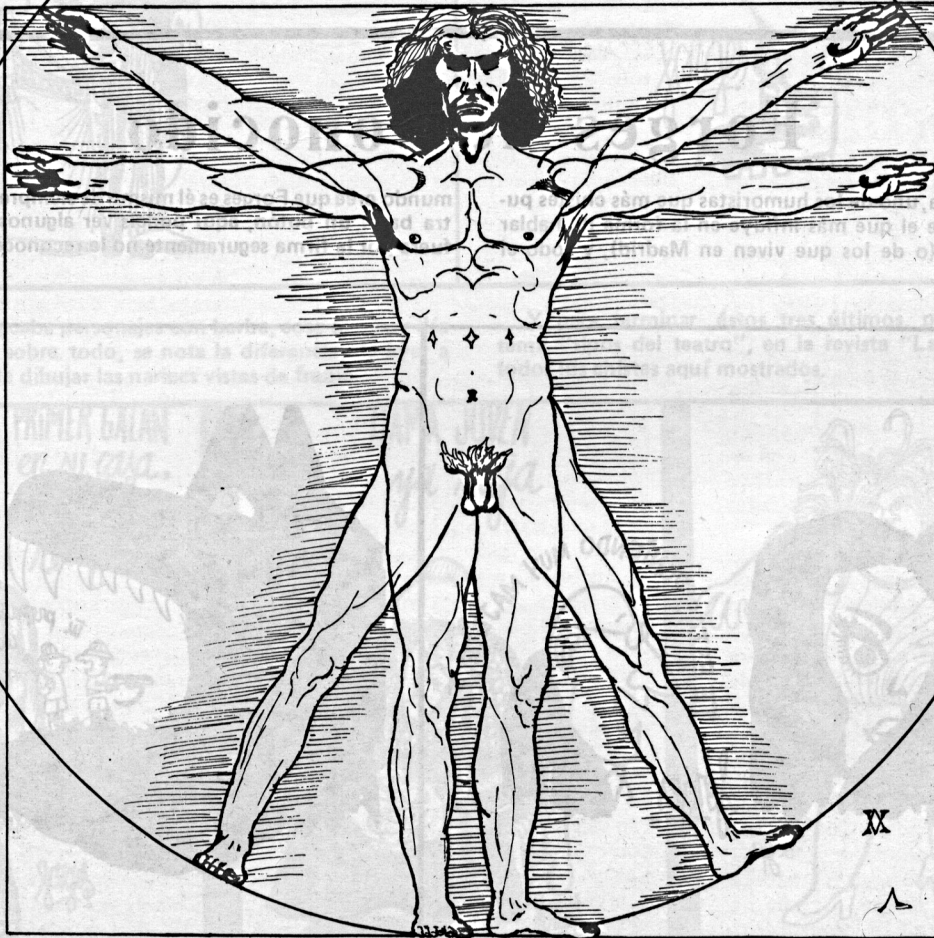
Durante muchos años la reducción de la jornada laboral será objeto primordial del movimiento obrero. Con el reconocimiento a principios de siglo de la jornada de ocho horas, parece que la lucha ha tocado techo. Curiosamente y a pesar de que la acumulación de capital es hoy mucho más importante que entonces, no se

ha vuelto a plantear ninguna nueva reducción substancial desde entonces.

Entre tanto, el trabajo se ha convertido en símbolo de la nueva sociedad; se le exalta hasta la saciedad como valor supremo del hombre, encontrando su más genuina expresión en la cínica frase que presidía la entrada de los campos de "trabajo" nazis: "Arbeit mach frei".

El mito de la productividad hace su aparición, a ella se plegan todos los intereses de los ciudadanos. Se identifican los intereses de la clase obrera con los de la burguesía; la huelga se convierte así en delito contra los intereses de la Nación y su represión no excluirá el asesinato ni cualquier otra brutalidad. La regulación del derecho de huelga sufrirá numerosos altibajos a lo largo de la historia.

Dentro de ese ambiente represivo de la ociosidad se puede encontrar la definición que de ella da algún diccionario:



"Vicio de no trabajar", o algunos dichos como: "La ociosidad es la madre de todos los vicios". Se podría argumentar que tales fuentes consideran ociosidad nada más que la inactividad propia de vagabundos y otras gentes de "mal vivir", pero a quienes así objetasen se les podría preguntar por la opinión general que merecería la actividad de un científico a un artista que tuviese por exclusivo fin el provecho individual y no el general.

Las leyes se encargan de castigar a los que no quieren integrarse a la cadena productiva: antigua Ley de Vagos y Maleantes, hoy convertida en la abominable Ley de Peligrosidad Social; es de observar la equiparación de los términos vago y maleante. Quien no produce delinque.

El tiempo libre utilizado para acceder a una mayor comprensión del individuo y su entorno asimismo como fuente de placer, y equilibrio emocional por tanto, puede convertirse en un arma arrojada contra los que persisten en el mantenimiento de una sociedad basada en la explotación; revelando así todo su potencial subversivo. Dirigir este tiempo ocioso hacia objetivos inocuos es labor que lleva tiempo realizándose, justo es reconocer que con notable éxito; así se han obtenido pingües beneficios sociales y económicos. El control absoluto de los medios de comunicación social ha permitido muchas cosas, entre ellas la sociedad de consumo.

La crisis que puede producir es un ser tan alienante de forma de vida, le puede llevar a intentar varias salidas; todas o casi todas previstas por aquellos que la han provocado: desde el retorno a una religiosidad más o menos exótica hasta algún tipo de suicidio que no tiene por qué conllevar la muerte fisiológica (ese nihilismo empobrecedor que tanto se prodiga últimamente). Tampoco está excluida adopción de una postura crítica, y tal vez violenta, hacia el sistema.

De lo dicho anteriormente podría deducirse que si lo tienen todo previsto nada queda por hacer, salvo pegarse un tiro claro. Afortunadamente la implicación no es tan lineal.

En primer lugar no se puede suponer la infabilidad del sistema; ninguno lo ha sido hasta la fecha; y en segundo lugar, la idea de conseguir una sociedad más justa y más libre, es decir, más humana, es irrenunciable e intrínseca a la condición de persona. Es en este sentido cuando la reconquista del ocio como período más fecundo y creativo deviene necesidad.

Una sociedad en la que la mayor parte del tiempo estuviese dedicada a una formación integral física y psíquica, en el sentido más literal, y donde las horas de trabajo no creativo estuviesen reducidas a un mínimo imprescindible, a fin de mantener el adecuado nivel de vida; lejos del desenfreno consumista actual, no tendría sitio para la violencia destruc-

tiva y la agresividad impotente que caracterizan nuestras vidas.

Entre tanto, la racionalización y aprovechamiento de nuestro ocio como labor formativa se convierte en técnica y arte que es preciso conocer, a fin de combatir la parálisis "cerebral" que nos amenaza. La ociosidad aparece así como virtud no catalogada, hasta el momento, excepto por los "bon vivants" claro. Pero el modo de vida de estos individuos es casi siempre tan alienante como el de el más infeliz burgués o el más desafortunado proletario; con independencia del grado de consciencia que de ello tanguen, así como de sus reacciones frente al problema.

El saber "perder el tiempo", además de efectivo ejercicio de provocación, puede llegar a afectar gravemente al dorado futuro que intentan vendernos cada día a precio de saldo, sólo aparentemente. Las formas que ello revista carece de importancia y aunque los descubrimientos, hipotéticos, que puedan hacerse impliquen un cierto riesgo de caer en conflictos internos, los resultados no creo que puedan ser decepcionantes. Sobre todo si no perdemos de vista la alternativa color gris polvo que parece esperar pacientemente, sospechándonos presas seguras. Piénsese, por ejemplo, en el estremecedor efecto que causa averiguar el significado etimológico de la palabra escuela: tiempo no ocupado que puede dedicarse libremente al cultivo del espíritu.

Alejandro García Balba

Forges desconocido

Forges es hoy día, uno de los humoristas que más chistes publica y seguramente el que más influye en la forma de hablar de los madrileños (o de los que viven en Madrid), y todo el

mundo cree que Forges es él mismo de siempre, como para muestra basta un botón, aquí podéis ver algunos chistes que si no fuera por la firma seguramente no le reconoceríais.



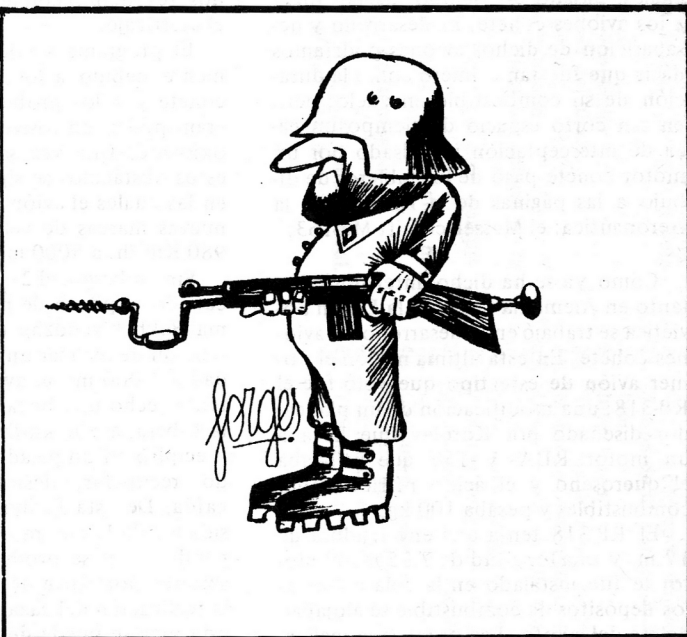
Por esta época, publicaba en La Codorniz, dos o tres ejemplares y a veces ninguno, muchos de sus chistes eran mudos y

donde había diálogos, éstos eran muy serios y en correcto castellano, no en la jerga "cheli" que utiliza actualmente.



En este último chiste, publicado en pleno período dictatorial, se nota el matiz claramente político, que es constante en

su trayectoria. Del año 65, como los dos primeros, son éstos otros dos:



Entonces aún sacaba personajes con barba, cosa que hoy día ya no prodiga, y sobre todo, se nota la diferencia, de ayer a hoy, en la forma de dibujar las narices vistas de frente.

Y para terminar, éstos tres últimos, presentados bajo el tema "tipos del teatro", en la revista "La Codorniz", como todos los chistes aquí mostrados.

